

La nueva conciencia ecológica

("EL PERIODICO")

Por Salvador Pániker

Para salir de la Edad Media, Europa inventó la nación-Estado. Hoy procede inventar otra cosa. ¿Qué otra cosa? Los gérmenes están ya en acción —aunque todo hay que decirlo, sin ninguna garantía de que vayan a ser fértiles. Me voy a referir aquí a uno de esos gérmenes: la conciencia ecológica. Y trataré al paso, de atajar algunos equívocos o simplificaciones.

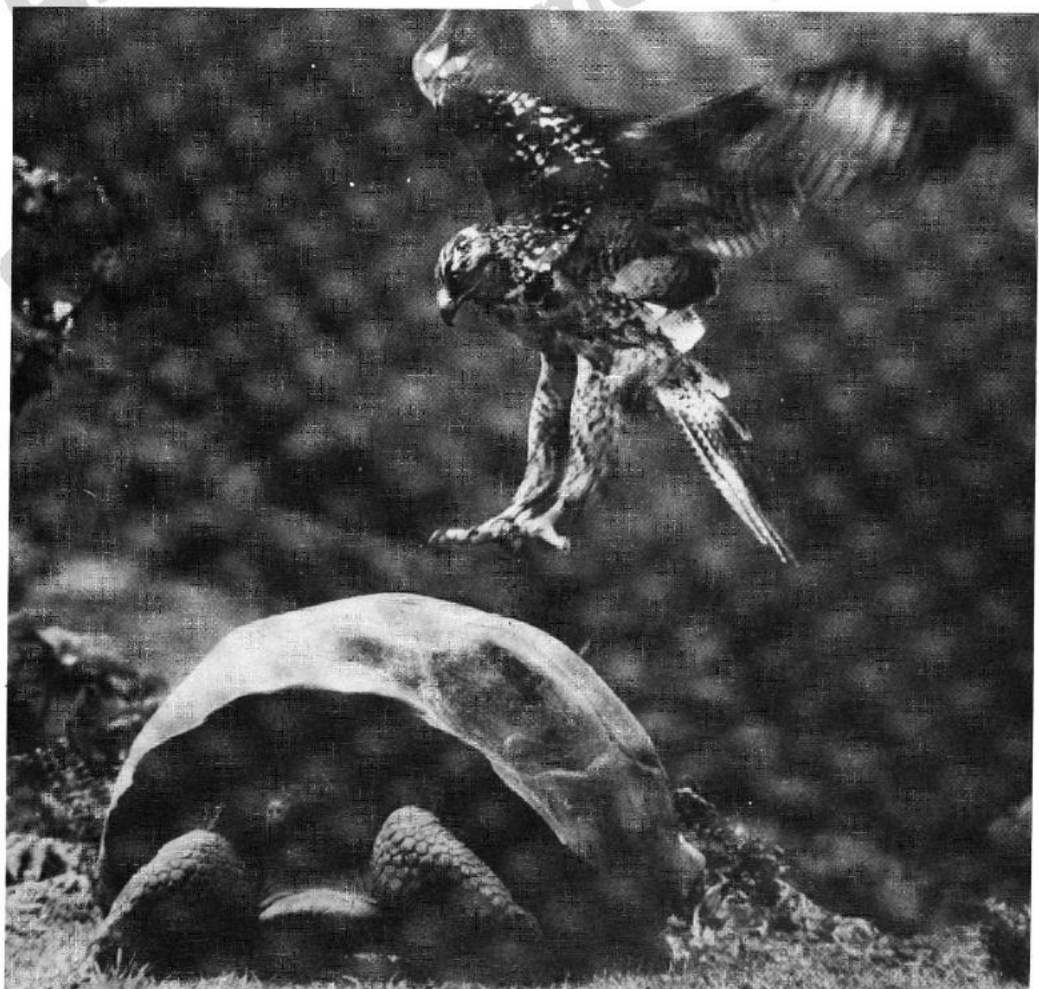
La palabra ecología fue acuñada por **Haeckel** hace más de un siglo para significar el estudio de las relaciones totales del animal con su medio ambiente. Hoy cabe hablar de ecología en una aceptación mucho más amplia. La ecología es, ante todo, el paradigma de lo interdisciplinario, un nuevo instrumento epistemológico. Los conceptos clave son los de ecosistema e insomorfismo. Pero también podemos relacionar este vastísimo movimiento intelectual con los conceptos de cibernética, teoría general de sistemas, teoría de la información, etcétera. Conviene no asustarse por estos vocablos. Conviene familiarizarse con la idea de que la vida es una organización original y compleja de fenómenos químicos y termodinámicos inscritos en ecosistemas autoorganizadores. Ya sé que todo esto suena muy aséptico, y en apariencia, poco **humanista**, la realidad sin embargo, es que el humanismo tiene que repensarse completamente.

La vieja conciencia humanista —en el fondo **burguesa**, pues estaba centrada en la primacía del sujeto— tiene que desplazarse hacia una nueva conciencia cósmica más general.

Resulta ya completamente artificial poner una frontera entre la materia, el espíritu y la vida.

Todo viene misteriosamente interrelacionado, y es precisamente ese concepto de **interrelación** el que debe presidir nuestros esquemas.

Hoy ya no se habla de evolución biológica sino de filogenia cósmica. Lo infinitamente pequeño (mundo subatómico) y lo infinitamente grande (cosmología) se han reconciliado



al fin en una nueva concepción global.

El pobre animal humano, con toda su gloria y toda su miseria, está hecho de polvo interestelar. Lo cual no es empobrecer ni reducir lo humano, pues los mismos científicos se preguntan hoy si lo que llamamos materia y lo que llamamos espíritu no son, a la postre, más que proyecciones de un mismo absoluto inaccesible. Es como una versión actualizada del viejo sueño de **Brahma**. Sin olvidar que también la **Biblia** decía que el hombre es polvo, o séase, cosmos.

Una nueva conciencia ecológica ha de sustituir a la vieja conciencia moral. Una nueva conciencia ecológica ya no es antropocéntrica ni antropomórfica. El hombre es un precioso eslabón dentro del misterioso proceso del dosmos. Todo es función de todo, y no se pueden separar los medios de los fines. Si la cultura neolítica (en la que prácticamente hemos estado viviendo hasta hace muy poco) estuvo basada en la herramienta fálica agresiva que consideraba al hombre separado del medio ambiente, la cultura ecológica ha de terminar con esa dualidad.



Hombre y medio ambiente deben recuperar una sutil y recíproca relación de complejidad. Toda dualidad, en general, debe trascenderse hacia esquemas ecosistemáticos más útiles. Por ejemplo, hay una falta oposición entre sociedad y naturaleza, y entre naciones **soberanas** entre sí.

La conciencia ecológica sustituye

el esquema de la nación-Estado por la idea de **un planeta indivisible** compuesto de federaciones, siguiendo el gran principio ecológico de respetar —e interrelacionar— la **diversidad**. No es extraño que figuras como **Paul Goodman, Ivan Illich, Serge Moscovici** y **Joel de Rosnay** hayan coincidido en denunciar los mitos del crecimiento y las tentaciones del proteccionismo. Tampoco es extraño que la Comisión Brandt, y hasta el Club de Roma, se hagan eco de ese clamor: nuestra patria es el mundo, la carrera armamentista es demencial, la redistribución de la riqueza ha de ser a escala planetaria, el crecimiento cero de la población ha de alcanzarse pronto.

La tan traída y llevada crisis económica ha sido, ante todo, un **síntoma** de ese indispensable reajuste presidido por una nueva conciencia ecológica.

El recurso a las drogas, las mitologías del sexo, las frecuentes depresiones nerviosas, el interés por la sabiduría oriental, el carácter psicosomático de muchas enfermedades, todo esto son también síntomas que remiten a este nuevo proceso, a estos gérmenes en acción, a esta sustitución de la vieja conciencia dualista por la nueva conciencia ecológica. Tal es la verdadera revolución de nuestro tiempo, el acceso a una solidaridad radicalmente nueva: ecosistemática, cósmica, en el fondo mística.

